

pueblo de Fundación y obligado a escapar solo a Maracaibo.

D. Vicente Sánchez de Lima es acreedor, en justicia y por todo lo que dejamos transcrito, a la gratitud nacional. Supo él comprender perfectamente la índole del pueblo que le tocó gobernar; ejerció su misión pacificadora en el alto y verdadero concepto del vocablo; fue humanitario progresista, sencillo y austero, y dedicó todas sus energías a esta sección del Virreinato en una forma que hace olvidar los azares de la época, es decir, obrando como en horas de bonanza. Las obras públicas, la agricultura, la instrucción pública merecieron su mayor cuidado, y fue un celoso guardián del orden y de la moralidad. Esta sola frase refiriéndose a los caminos, lo muestra de cuerpo entero:

“Son lustre de lugar y atraen la facilidad y baratura y abundancia de los productos”.

En esta hora de revaluaciones históricas y de cordial entendimiento con la Madre España, es de justicia que se entresaquen del polvo de los siglos y de las hondas simas de la Reconquista aquellas figuras de bién que nos honraron con sus virtudes, a fin de que pueda echarse una sombra piadosa, algo siquiera que amortigüe el horror que causan los nombres de quienes suprimieron a Caldas y a Torres.

JOAQUÍN G. RAMÍREZ.

JULIO CÉSAR GARCÍA.

---

## EL PADRE LLONA

En Manguía, de la Provincia de Vizcaya, vino al mundo en el mes de abril de 1877, el sabio Jesuita cuya vida acabó de manera inesperada el 12 del presente en la ciudad de Bogotá, adonde había sido llamado por unos pocos días.

El joven Prudencio Llona entró en la Compañía de Jesús el 7 de agosto de 1891, en Loyola, de la Provincia de Guipúzcoa; en Carrión de los Condes se deslizaron los primeros años de su noviciado; estudió en

Burgos la Retórica, y la Filosofía en la célebre Universidad de Oña donde, es fama, dejaron recuerdo imborrable las altas facultades intelectuales del futuro sacerdote.

En el año de 1900 dejó su amada España para venir a Bogotá; la salud estaba quebrantada y aun los médicos le habían diagnosticado un grave mal de pecho, el que en verdad no existía, pues a poco tiempo de estar en nuestra capital se sintió absolutamente repuesto, de manera que continuó los estudios hasta recibir la unción sacerdotal de manos del Ilmo. Sr. Bernardo Herrera Restrepo, el 3 de diciembre de 1908.

En 1913 pisó el P. Llona tierra antioqueña; venía a enseñar como lo había hecho en España y en Chapinero. La instrucción de la juventud fué su labor preferida; contaba para ello con especiales aptitudes para transmitir conocimientos y con una instrucción profunda y variada; así, explicaba las Matemáticas como la Filosofía, Historia como Latín, Griego y Física.

El 8 del corriente mes de diciembre hizo cuatro años de estar desempeñando el Rectorado del Colegio de San Ignacio de Medellín, puesto que enaltecieron, entre otros, los Jesuitas Valenzuela, Muñoz (actual Arzobispo de Guatemala), Gamero, Londoño, Zumalabe y Lizarraga.

\* \* \*

La adulación y la falsa política han abusado de la hipérbole para ensalzar a personajes artificiales que carecen de todo merecimiento; tal, que ya el escritor justiciero no halla adjetivos para aplicar a los varones más excelentes, pues los más nobles vocablos están rebajados y tocados de pequeñez; se ven surgir tantos próceres sin gloria y tantos sabios sin letras, que parece ser el mejor tributo para los hombres genuinamente grandes, un respetuoso silencio o una sencilla narración de su vida y cualidades.

Quien se acercaba al P. Llona se convencía pronto y sin esfuerzo que era un sabio verdadero; para ello era suficiente pedirle una opinión o enunciarle un problema; entonces era de ver aquella manera rápida y

certera de hallar el nudo de la cuestión, el modo de analizarla y de buscar y exponer los antecedentes y las consecuencias; el punto más oscuro aparecía claro en virtud de aquella lucidez intelectual, y quien le interrogaba, no sabía qué era más admirable en él, si la grande erudición que poseía o la rapidez de la concepción, ya se tratase de Teología, Filosofía, Ciencias Naturales o idiomas. Con gran acierto le llamó el R. P. Zumalabe "biblioteca ambulante"; eso era nuestro llorado amigo.

Antes de ser Rector del Colegio, se puede asegurar que el P. Lloña no conocía a Medellín; en una celda estrecha y modesta vivía, ahogado entre libros y papeles que él se sabía de memoria, sin que le fuese tropiezo la diversidad de lenguas, pues dominaba el griego y el latín como el castellano, y traducía el francés, el inglés y el italiano; tan amigo era de Homero como de Virgilio, y leía en Milton como en Racine y en Dante.

Amó a Colombia, y especialmente a Antioquia como a su Patria misma; dueño de facultades muy altas, tenía la de adaptarse con facilidad; entre nosotros vivía felizmente. Es verdad que el que ha seguido a Cristo, es porque se ha negado a sí mismo y no se considera extranjero en ninguna parte del globo.

Además, el P. Lloña veía en estas montañas un medio bien propicio, porque sabía que esta tierra fué en gran parte poblada por habitantes de las legendarias Provincias vascongadas: aquí le recordaría su suelo nativo las cordilleras que encuadran nuestros valles, como el cielo azul y elemento que nos cubre, y hasta las casas que, rodeadas de árboles, se divisaban en las faldas de los montes antioqueños; ni poca semejanza observaría entre las costumbres de esta sociedad y la de que él fué ilustre hijo: hermano nuestro se sentía el abnegado Ministro de Cristo. Por esto amó nuestra historia y la estudió con decidido empeño; súyas eran nuestras glorias, como súyos nuestros quebrantes.

### Admiraba al Libertador

de América; le consideraba digno descendiente de

aquel egregio Simón de Bolívar, civilizador de Caracas, que en 1558 desembarcó en Venezuela y cuyo padre fué D. Martín Ochoa de Bolívar Jáuregui de la Rementería.

El autor de estas líneas tuvo la honra de pedir a la Academia Antioqueña de Historia que, para estrechar los vínculos con la madre España, y dadas las cualidades del candidato, admitiese en su seno al R. P. Llona.

En la introducción del estudio sobre Caldas, que leyó ante tal Corporación el 12 de octubre de 1920, dijo el nuevo académico:

“Si hubiera de seguir las indicaciones del corazón y dar oídos a la voz de la sangre, ni un momento dudaría en elegir entre las miríadas de héroes que son el orgullo de los hispanoamericanos, el que había de ser en estos instantes objeto de mis encomios. Y vaya un recuerdo personal, aunque puede parecer inoportuno. En tres ramas está actualmente dividida en Vizcaya la familia que trasladada a Venezuela produjo aquel generoso vástago, árbitro de la guerra e hijo de la victoria, que hizo inmortal el apellido de los Bolívares: los Bolívares de Zamudio, los de Sodupe, los de Munguía. Pues bien, a los Bolívares de Munguía pertenecía el venerable Párroco que derramó sobre mi cabeza las aguas del Bautismo; llevaba el apellido y la sangre del Libertador de América. Ved si hay motivos para que éste arrebaté mis simpatías . . . .

“Como una colosal pirámide se levanta Bolívar sobre todos los genios de la América Latina; en la cima brilla un sol: el sol de la gloria militar y de la gloria literaria, el sol del genio político y del creador de naciones. Quien sienta el ímpetu de las alas del cóndor y la fijeza de la mirada del águila, que se lance atrevido a los espacios; no le faltarán portentos que contemplar, ni océanos de luz vivísima dónde anegarse. Yo que apenas acierto a dirigir por tierra el torpe paso, habré de contentarme con mucho menos: con una mirada de admiración al héroe y con una voz de aplauso para los que han consagrado sus fuerzas a es-



tudiarlo. No es falta de amor; es el sencillo reconocimiento de que no soy para tanto" (1).

La belleza de estos párrafos dice que anduvo asaz modesto el vibrante historiador, pero nos explicamos su preferencia por el sabio Caldas; este sacerdote del saber y mártir de la libertad, en su serena gloria, tenía muchas afinidades con este otro sacerdote de Dios y de la ciencia; para un árcade otro árcade.

### Los estudios sobre Caldas

son algo admirable; en ellos se muestra de cuerpo entero el observador penetrante, avezado a desenterrar datos y a hacer oportunas deducciones; es una obra que honra la historia nacional como a su competente autor. Por desgracia sólo terminó y publicó dos partes tituladas: "Francisco José de Caldas" y "Estudio sobre la cronología, autenticidad e integridad de algunos escritos de D Francisco José de Caldas"; para la tercera y última parte nos mostró algunos apuntes que venía preparando, cuando sus múltiples labores se lo permitían. Grande lástima es que tan interesante labor hubiese quedado inconclusa.

El estilo del noble sacerdote de quien hablamos, era correcto; bien redondeada la frase y robusto el pensamiento que desenvolvía, aunque no muy musicales los períodos; era más filósofo que artista y más científico que inspirado. Las producciones del P. Lloña, vistas en conjunto, semejan un bloque de granito, por lo macizas y conscientes; se hacía leer con interés y adornaba las cláusulas con gusto, pues no era de aquellos que erradamente piensan que no debe atenderse a la forma; era un historiador completo: investigaba, narraba con amenidad y se intrincaba gallardamente en la filosofía de los hechos.

Escritor fecundo, escribió sobre temas varios: historia, pedagogía y literatura; bien cortadas estrofas hemos leído, salidas de su pluma, lo mismo que traducciones en verso de idiomas extranjeros.

Quien desee deleitarse y aprender mucho, busque sus escritos en *Los Estudios*, importante revista que

(1) *Repertorio Histórico*, números 11 y 12.

dirigió por algún tiempo; en *La Familia Cristiana*, de esta ciudad, y en *Horizontes*, de Bucaramanga; seguros estamos que el lector abonará nuestros tímidos conceptos. Recordamos a la ligera los estudios sobre "La Iglesia y la Instrucción en América" y sobre "La reforma del Bachillerato", pieza esta última que escribió para el concurso pedagógico que se proyectó en Antioquia para celebrar el primer centenario de la creación de la Gran Colombia el 15 de diciembre de 1819.

Los hombres de la talla del P. Llona, en cualquiera disciplina intelectual a que se dediquen, sobresalen como señores y nó como vasallos. Por esto en Pedagogía era gran maestro pues, a fuer de profundo filósofo, conocía la Psicología y las leyes que rigen el método, condición indispensable para ser maestro; lo relativo a los procedimientos es sabido que tiene mucho de personal y que en gran parte es de mera intuición.

Dada la solidez de la instrucción del P. Llona, es fácil comprender que en punto de educación no se dejaba llevar por delusivas teorías; él amaba la reforma consciente y justa, no la inmotivada y loca, y condenaba tanto a los innovadores frívolos como a los que por pereza o ignorancia rechazan toda idea de mejoramiento.

Más docta pluma bará el elogio del teólogo consumado, del expositor profundo y del sacerdote ejemplar. Nosotros nos limitamos a llorar al que fué amigo incomparable; al que nos honró en vida con distinciones que jamás merecimos; deploramos la ausencia del que fué compañero de Academia, nos inició en el estudio de la bella lengua de la Héléade y nos llamó a ocupar varias cátedras en el Instituto donde los hijos de Loyola forman ciudadanos buenos y sabios.

Con dolor y respeto colocamos en la tumba del R. P. Prudencio Llona, una flor que el cariño rociará día tras día y hora tras hora.

Diciembre 15 de 1923.

TOMAS CADAVID RESTREPO